

de buen grado se fue al Jardín de los Olivos, donde sabía muy bien que habían de prenderle los judíos, sino que también, al advertir que se acercaba Judas a prenderle, en compañía de un buen grupo de soldados, dijo a sus discípulos: *Levantaos y vámonos porque se acerca el que me ha de entregar* (9). Quiso salirles al encuentro, como si vinieran a ofrecerle la corona de un gran imperio, y no la corona del martirio y de la muerte en cruz.

¡Dulcísimo Salvador mío!, salís al encuentro de la muerte con ansias vivísimas de dar la vida por mí porque queréis conquistar mi amor; y yo, Dios mío, ¿no desearé morir por Vos para daros pruebas del amor que os tengo? Sí, JESÚS mío, muerto por mi amor, yo también deseo morir por Vos; todo os lo ofrezco: mi sangre y mi vida; y pronto estoy a morir por Vos como y cuando os agrade. Aceptad el sacrificio que os ofrece este miserable pecador, que, si hasta aquí os ha ofendido, ahora os ama más que a sí mismo.

Antes de exhalar el último suspiro, dijo JESUCRISTO desde lo alto de la cruz: *Sitio*: «Tengo sed». «Esta sed, dice SAN LORENZO JUSTINIANO, procede del ardor de la caridad» (10), no tanto de la falta de humor en su sacratísimo cuerpo. Con aquel lamento quiso el Señor darnos a entender que padecía sed, no tanto natural, como sed de padecer por nuestro amor y el ardiente deseo de que le correspondiésemos con el nuestro en agradecimiento de las penas que por nosotros había sufrido. De ese parecer es también SANTO TOMÁS, cuando dice: «Por esta *sed* nos manifiesta el encendido deseo que tenía de salvar el género humano» (11).

(9) Marc., XIV, 42.

(10) De Tr. Chr. Ag., c. 19. Obras. Venecia, 1721, p. 273; c. 2.

(11) In Io., 19, lect. 5.

¡Amabilísimo Redentor mío!, ¿es posible que tan grande bondad quede sin ser correspondida? Suele decirse que amor con amor se paga; pero vuestro amor, ¿con qué otro amor podrá pagarse? Sería menester que otro Dios muriese por Vos para corresponder al amor que os llevó a morir por nosotros. Además, ¿cómo podéis decir, Señor mío, que ponéis vuestras delicias en vivir con los hombres, si no recibís de ellos más que injurias y malos tratamientos? ¡Ah!, es que el amor ha trocado en delicias y venturas los dolores y vituperios que por nosotros habéis padecido.

¡Oh Redentor amabilísimo, no quiero resistir por más tiempo a las finezas de vuestro amor: os entrego todo mi corazón; Vos sólo sois y seréis siempre el único amor de mi alma. Os hicisteis hombre para dar la vida por mí. Yo quisiera tener mil vidas para poder ofrecéros las todas. Os amo, bondad infinita, y quiero amaros con todas mis fuerzas; quiero hacer cuanto pueda para agradaros. Siendo inocente habéis padecido tantos trabajos por mí, y yo, pecador, que he merecido el infierno, quiero sufrir por Vos cuanto queráis. Ayudadme, JESÚS mío, con vuestros méritos a poner en práctica este deseo, que Vos me habéis dado. ¡Oh Dios de infinito amor, en Vos creo, en Vos espero, os amo.

¡Oh María, Madre mía!, interceded por mí. Amén.

CAPITULO V

DEL AMOR QUE JESUCRISTO NOS MANIFESTÓ AL INSTITUIR LA EUCARISTÍA ANTES DE MORIR.

I. La Eucaristía prenda de amor. — Sabiendo JESÚS *que era llegada la hora en que había de partirse de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos, que tenía en el mundo, los amó hasta el fin* (1). Sabiendo nuestro amantísimo Salvador en la última noche de su vida que se acercaba el anhelado momento de padecer por amor del hombre, no consintió su corazón el dejarnos solos en este valle de lágrimas; de suerte que, para no separarse de nosotros por la ausencia de la muerte, quiso permanecer con nosotros en el Santísimo Sacramento del altar, dándonos al mismo tiempo a entender que después de habernos dado este don infinito ya no le quedaba más que darnos para manifestarnos su amor. Explicando CORNELIO ALAPIDE, con el Crisóstomo y Teofilacto, aquellas palabras de San Juan: *Los amó hasta el fin*, se expresa así: «Hasta el fin», es decir, «con amor sumo y extremado» (2). En este Sacramento, Jesucristo hizo el último esfuerzo de amor en favor de los hombres. «Extremó, dice el abad Guérnico,

(1) **Io.**, XIII, 1.

(2) **Comm. in Ioan.**, in h. 1.

en beneficio de sus amigos, todas las fuerzas de su amor». Con más energía se expresan todavía los Padres del Concilio de Trento, los cuales, hablando del Sacramento de la Eucaristía, dicen que JESUCRISTO quiso por este medio como derramar sobre los hombres todos los tesoros y riquezas que su pecho atesoraba (3). Por esto el angélico Doctor tenía sobrada razón para llamar a la Eucaristía «sacramento de amor, prenda de caridad» (4), y SAN BERNARDO, la llamaba «amor de los amores» (5). SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZI decía que después de comulgar puede pronunciar el alma aquellas palabras de Cristo: *Consummatum est*, todo está acabado; es decir: Después de habérseme dado en la Comunión, Dios nada más tiene que darme (6). Cierta día preguntó la Santa a una de sus novicias en qué había pensado después de la Comunión. «En el amor de JESÚS», repuso la interpelada. «Sí, replicó la santa, cuando se piensa en el amor, ya no se puede pensar en otra cosa, es necesario detenerse a considerar el amor infinito de Dios» (7).

¡Oh Salvador del mundo!, ¿qué pretendéis alcanzar del hombre llevando vuestra bondad a entregarle por alimento vuestro cuerpo sacratísimo? Después de haberle dado este augusto Sacramento, ¿qué más podéis darle para ganar su amor? ¡Oh Dios amantísimo!, iluminadme y dadme a conocer hasta dónde ha llegado el exceso de vuestra bondad, que os movió a convertirlos en alimento de mi alma en la santa Comunión. Ya que Vos os habéis entregado a mí por entero, justo es que yo os consagre mi corazón.

(3) Ses. XIII, c. 2.

(4) *Opusc.* 58, cap. V y XXV.

(5) *Obras*, Basilea, 1552, col. 188.

(6) PUCCINI, *Vida*, Florencia, 1611; p. IV; cap. IV.

(7) EPARI, S.J., *Vida*, cap. XLVIII.

Sí, JESÚS mío, a Vos totalmente me entrego; os amo sobre todas las cosas y deseo recibiros en mi corazón para amaros con más entrañable amor. Venid, pues, venid con frecuencia a mi alma, para tomar posesión de ella. ¡Dichoso yo si pudiera con verdad exclamar como SAN FELIPE NERI al comulgar por viático, el cual, en los transportes de la alegría, dijo: «He aquí mi amor; he aquí mi amor; dadme mi amor!» (8).

II. El amor movió a Jesucristo a unirse a nosotros en la Comunión. — *El que come mi carne, dice JESUCRISTO, y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él* (9). Dice San Dionisio Areopagita que el amor aspira siempre a unirse con el objeto amado; y porque el alimento se convierte en sustancia del que lo come, por eso quiso Jesucristo convertirse en alimento a fin de que en la Comunión viniésemos a ser con El una misma cosa. *Tomad y comed, dice JESUCRISTO, éste es mi cuerpo* (10). Es como si dijera, nota SAN JUAN CRISÓSTOMO: «Recíbeme en tu pecho, para que entre ambos haya la unión más completa y perfecta» (11). Así como dos pedazos de cera derretidos, añade SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, se unen entre sí de admirable manera, así también entre JESÚS y el alma que comulga se obra tan estrecha unión, que JESÚS está en ella y ella en JESÚS (12). ¡Oh, cuán admirable es tu amor, amadísimo Redentor mío y JESÚS mío, pues a tanto llegó que nos has querido incorporar a tu carne virginal, como dice SAN LORENZO JUSTINIANO, de suerte que tu corazón y

(8) BACCI, *Vida*; l. IV, cap. 1, n. 4.

(9) *Io.*, VI, 57.

(10) *Matth.*, XXVI, 26.

(11) *Hom.* 15, in *I Tim.*

(12) *In Ev. Ioan.*, l. X, n. 2.

el nuestro no formen más que un solo corazón» (13).

«En ninguna otra acción, dice SAN FRANCISCO DE SALES hablando de la Eucaristía, en ninguna otra acción puede considerarse a JESUCRISTO ni más tierno ni más amante que en ésta, en la cual se aniquila, por decirlo así, y se convierte en manjar nuestro deleitoso, para entrar en nuestras almas y unirse estrechamente al corazón de sus hijos» (14). Los ángeles no se atreven a fijar sus miradas en Señor de tan grande majestad; y sin embargo, dice SAN JUAN CRISÓSTOMO: A El nos unimos hasta quedar hechos un cuerpo y una carne con Cristo.

¿Qué pastor ha habido en el mundo, prosigue diciendo el Santo, que haya alimentado a sus ovejas en su propia sangre? Mas, ¿por qué hablar de pastores? ¡Si hasta la mismas madres buscan nodrizas que amamanten a sus hijos! Esto no lo sufrió el amor de JESUCRISTO, sino que nos une a El y nos alimenta con su propia sangre.» Y añade: «Nos amaba con tan entrañable amor, que El mismo se unió a nosotros para que El y nosotros no fuésemos más que uno: esto es de amadores amantes por todo extremo» (15).

¡Oh amor infinito, digno de infinito amor!; ¿cuándo lograré amaros, JESÚS mío, con el encendido amor que me habéis amado? ¡Oh alimento divino, oh Sacramento de amor!, ¿cuándo alcanzará a cautivar me vuestro amor? De vuestra parte nada habéis perdonado para conseguirlo; pero yo de la mía siempre prometiendo, y nunca comienzo; desde hoy quiero empezar a amaros de veras; pero es menester que me ayudéis con vuestra gracia. Iluminad mi inteligencia, inflamad mi corazón, desprendedme de las cosas de

(13) **De Inc. div. am.**, c. 5. **Obras**, Venecia 1721, p. 621, col. 2.

(14) **Introd. a la vida dev.**, p. 2, c. 21.

(15) **Hom. 60. Hom. 61. Obras**, Venecia 1574.

la tierra y no permitáis que ponga obstáculo a los esfuerzos que hace vuestro amor para ganar el mío. Os amo con todo mi corazón, y por complaceros a Vos, mi vida, mi amor y mi todo, quiero desprenderme de todo. Quiero unirme a Vos con frecuencia en este Sacramento, para despegar mi corazón de todas las cosas y amaros a Vos solo, Dios mío. Espero de vuestra bondad el necesario socorro para llevar a cabo mi deseo.

«Hemos visto a la misma Sabiduría, dice SAN LORENZO JUSTINIANO, al Verbo eterno, como loco de amor por el excesivo amor que tiene a los hombres» (16). «Porque, ¿no parece insigne locura, como lo hace notar SAN AGUSTÍN, el decir: *comed mi carne, bebed mi sangre?*» (17). ¿Qué más pudiera haber pedido al Criador su criatura? «Este exceso de amor, dice SAN DIONISIO, nos autoriza a decir que el Criador de todas las cosas llevó a tales extremos su amor, que salió fuera de sí», puesto que le obligó a hacerse hombre y alimento de los hombres (18). —Pero, Señor, que esto no conviene a vuestra majestad—. El amor, responde por JESÚS SAN PEDRO CRIÓLOGO, cuando se propone hacer bien y darse a conocer al amado, no busca razones en qué apoyarse, y va, no donde conviene, sino donde le conduce su deseo.

¡Oh JESÚS mío!, ¡cuánto me avergüenzo al recordar mi pasada conducta! Vos, bien infinito, amable sobre toda ponderación y prendado de mi alma, me convidáis con vuestra amistad, y yo he ido en pos de bienes mezquinos y deleznables, y por abrazarme con ellos a Vos abandoné. ¡Oh Dios mío!, descubridme cada vez más la grandeza de vuestra bondad para que

(16) Serm. de Nat. Dom.

(17) In Ps. 33.

(18) De div. Nom., c. IV.

os ame con más entrañable amor y haga cuanto en mi mano esté para agradaros. ¡Oh Señor mío!, ¿quién más hermoso, más bueno, más santo y más agradable que Vos puede pretender mi amor? Os amo, bondad infinita; os amo más que a mí mismo, y quiero vivir sólo para amaros, por ser digno de todo mi amor.

III. Circunstancias en que Jesucristo instituyó la Eucaristía.— Considerando SAN PABLO el tiempo en que nuestro Salvador nos dio el Santísimo Sacramento, don tan grande que, en sentir de CLEMENTE V (19), vence a todos los demás, puesto que, a pesar de ser omnipotente, no puede darnos más, como asegura SAN AGUSTÍN (20), dice el Apóstol: *Cuando los hombres trataban de quitar la vida a Cristo, tomó el pan y, dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo, que será entregado por vosotros* (21). En la misma noche en que los hombres tramaban contra JESUCRISTO para atormentarle y quitarle la vida, pensó nuestro amantísimo Redentor en instituir el Sacramento de la Eucaristía, dándonos a entender que su amor era tan grande, que en vez de entibiarse con tamañas injusticias era entonces más ardiente y generoso.

¡Oh Señor amorosísimo!, ¿cómo habéis podido amar tanto a los hombres que quisisteis permanecer con ellos en la tierra para convertirlos en su alimento, sabiendo que os lo habían de pagar con tanta ingratitud?

Consideremos, además, las ansias vivísimas que tuvo JESUCRISTO durante su vida de que llegase aquella noche memorable en la cual había determinado

(19) Concilio Viennensi. Clementinarum, lib. 3, tit. 16.

(20) LOHNER, *Biblioth. concion.*, tit. 52, 3.

(21) 1 Cor., XI, 23, 24.

dejarnos la prenda inestimable de su amor. Bien se echa esto de ver en las palabras que pronunció al instituir este inefable Sacramento. *Con deseo he deseado*, dijo, *comer con vosotros esta Pascua* (22). «Voz es ésta, clamor es éste, dice SAN LORENZO JUSTINIANO, que revelan el amor inmenso que nos tenía» (23). En el corazón de JESÚS se conserva todavía el mismo amor, para corresponder al que le tienen las almas enamoradas de su bondad. «No hay abeja, dijo un día el Señor a Santa Matilde, que con tanta avidez se arroje a libar las flores para hacer la miel como me lanzo yo a las almas que me desean» (24).

¡Oh amante enamorado de las almas!, ¿qué mayores pruebas de amor podíais darme para obligarme a amaros? Gracias, pues, sean dadas a vuestra bondad, ¡Oh JESÚS mío!, unidme estrechamente a vuestro corazón y haced que en adelante os ame con toda la ternura de mi alma. Los otros pueden contentarse amándoos con amor apreciativo y predominante; bien sé que no pedís más; pero yo no me daré por satisfecho sino cuando os ame con todo mi corazón, cuando os ame más que al amigo, al hermano, al padre y al esposo. ¿Cuándo daré yo con un amigo, un hermano, un padre o un esposo que me amen tanto como me amáis Vos, Criador mío, Redentor mío, y Dios mío, que por mi amor habéis dado vuestra sangre y vuestra vida, acabando por entregaros a mí en este Sacramento de amor? Os amo, pues, JESÚS mío, con toda mi alma; os amo más que a mí mismo; lo único que os pido es que me deis la gracia de amaros con más intenso amor.

(22) Luc. XXII, 15.

(23) **Obras**, Venecia, 1721, p. 229.

(24) P. JUAN LANSPERGIO: **Revelaciones de Santa Matilde**, l. II, cap. IV.

IV. Jesucristo en la Eucaristía pide nuestro amor. — Dice SAN BERNARDO (25) que Dios nos ama con el fin de ganar nuestro amor; y por eso dice nuestro amoroso Salvador que ha venido a la tierra para inflamarla en llamas de caridad (26). ¡Oh, y qué incendios de amor levanta Jesucristo en las almas por medio de este divino Sacramento! El P. FRANCISCO OLIMPIO, religioso teatino, decía que no hay cosa que más inflame nuestros corazones en el amor divino como la santa Comunión (27), y ESIQUIO llama «fuego divino» (28) a JESÚS encerrado en el Sagrario. SANTA CATALINA DE SIENA vio cierto día en manos de un Sacerdote a JESÚS sacramentado bajo la forma de una hoguera de amor y se maravillaba de que el fuego no abrasase a toda la tierra (29). SAN GREGORIO NISENO y el abad RUPERTO decían que el altar es aquella bodega misteriosa de la cual habla la esposa de los Cantares (30) ; allí quedaba embriagada de tal suerte en el amor divino, que se olvidaba de las cosas de la tierra. *Introdújome el Rey, dice la Esposa, en la bodega del vino y ordenó en mí la caridad. Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor* (31).

¡Oh adorable Sacramento, único amor de mi corazón!, haced que me acuerde siempre de Vos, hasta el punto de que, olvidándome de todo, os ame a vos solo sin tregua ni descanso. Habéis llamado tanto, JESÚS mío, a la puerta de mi corazón, que habéis al

(25) Serm. 83 in Cant., n. 4.

(26) Luc., XII, 49.

(27) JOSÉ SILOS, *Vida del Venerable*, I. II, cap. V.

(28) *De temperamentia et virtute*, Centuria I, n. 100.

(29) RAIMUNDO DE CAPUA, O. P. *Vida*, p. II, cap. VI, n. 3.

(30) *In Cant. cant.*, I. I.

(31) *Cant.*, II, 4, 5.

fin logrado entrar en él como lo espero; y una vez que habéis tomado posesión de él, arrojad fuera todos los amores que a Vos no vayan dirigidos. Mandad como dueño y señor, de suerte que con toda verdad pueda decir con el Profeta: *¿Qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Ti, oh Dios de mi corazón, Dios, que eres la herencia mía por toda la eternidad?* (32). Vos solo seréis siempre el único Señor de mi corazón, el único dueño de mi voluntad. Vos solo seréis mi herencia y todo mi tesoro en el tiempo y en la eternidad.

El profeta ISAÍAS nos exhorta a publicar por todas partes las amorosas invenciones que ha hecho Dios para ganarse el amor del hombre. *Sacaréis, dice, agua con gozo de las fuentes del Salvador, y diréis en aquel día: Dad gracias al Señor e invocad su nombre; anunciad a las gentes sus designios* (33). Y ¿qué es lo que ha inventado el Señor para recabar nuestro amor? Clavado en la cruz nos abrió tantas fuentes de gracias cuantas fueron las llagas que abrieron los verdugos en su adorado cuerpo; de suerte que para alcanzar las gracias, basta que se las pidamos con confianza; y no contento con esto, se ha puesto a nuestra disposición en el Santísimo Sacramento.

¡Oh hombre!, exclama SAN JUAN CRISÓSTOMO, ¿por qué eres tan mezquino y regateas el amor a un Dios que «te dio todo sin reservarse nada?» (34). Esto lo ha hecho JESUCRISTO en la Eucaristía, añade SANTO TOMÁS, «nos ha dado todo cuanto es y cuanto tiene» (35). «Aquel Dios inmenso, añade SAN BUENAVENTURA, que no cabe en el mundo, se hace

(32) Ps. LXXII, 25, 26.

(33) Is., XII, 3, 4.

(34) In Mat. hom. 25.

(35) De beat., c. III.

nuestro prisionero» (36) cada vez que por la comunión le hospedamos en nuestro pecho. Este pensamiento sacaba fuera de sí a SAN BUENAVENTURA, el cual, arrebatado en éxtasis de amor, decía; «JESÚS ha querido hacerse huésped inseparable de mi corazón» (37); y puesto que mi Dios se ha puesto al servicio de mi amor, añadía el Santo (38), justo es que yo gaste todas mis fuerzas en servirle y amarle.

Decidme, amadísimo JESÚS mío, ¿qué más podíais hacer para obligarme a amaros? Y ¿habré de proseguir correspondiendo con ingratitud a vuestro amor como hasta aquí? No lo permitáis, Señor; habéis dicho que el que se alimenta de vuestra carne en la Comunión vivirá por la virtud de vuestra gracia. Ya que os dignáis recibirme a vuestra mesa, haced que mi alma viva siempre de vuestra vida; duélome con todo mi corazón de haber menospreciado vuestros favores en lo pasado, y al mismo tiempo os doy gracias porque me dais tiempo de llorar mis ingratitudes y amaros en este mundo. En lo que me resta de vida quiero amaros con todo mi corazón y agradaros cuanto pueda. Socorredme, JESÚS mío, y no me abandonéis; salvadme por vuestros merecimientos y otorgadme la singular merced de amaros en esta y en la otra vida.

¡Oh María Madre mía! no me neguéis vuestra protección y ayuda.

(36) Expl. miss., c. IV.

(37) In dedic. ecl Ser. 2.

(38) In Circ., l. 3, 4.

CAPITULO VI

DEL SUDOR DE SANGRE Y DE LA AGONÍA QUE PADECIÓ JESÚS EN EL HUERTO.

I. Del temor de Jesús en el Huerto. — Luego que nuestro amorosísimo Salvador llegó al Huerto de Getsemaní, quiso dar comienzo a su dolorosa Pasión, dando licencia al temor, a la angustia y a la tristeza, que le acometiesen en tropel con todo género de tormentos y aflicciones. *Comenzó*, dicen los Evangelistas, *a atemorizarse y angustiarse, a entristecerse y contristarse* (1).

Comenzó, pues, por experimentar gran temor de la muerte y de los trabajos que a las pocas horas tendría que padecer. Comenzó a temer, y ¿por qué? ¿No se había ofrecido voluntariamente a pasar por toda suerte de cruces y padecimientos? *¿No fue ofrecido en sacrificio*, como dice Isaías, *porque El mismo lo quiso?* (2). ¿No había suspirado con ansias vivísimas por el tiempo de su Pasión, hasta el punto de decir: *Con gran deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua?* (3). ¿Por qué, pues, atemorizarse en tanto extremo al aproximarse la muerte, que le obligue a pedir a su Padre que le libre de ella, por estas palabras: *Padre mío, si es posible, no me hagas beber*

(1) Marc., XIV, 33; Matth., XXVI, 37.

(2) Is., LIII, 7.

(3) Luc., XXII, 15.

este cáliz? (4). «Pide que pase este cáliz para darnos a entender que era verdadero hombre», dice SAN BEDA, el Venerable (5). Dispuesto estaba nuestro amantísimo Redentor a morir por nosotros, para manifestarnos con su muerte el amor que nos tenía; mas a fin de que los hombres no creyeran que había tomado cuerpo fantástico, como lo soñaron más tarde algunos herejes, o bien que en virtud de su dignidad, había muerto sin experimentar dolor alguno, dirigió esta oración a su Eterno Padre, no para que la despachase favorablemente, sino para darnos a entender que moría como hombre y con gran temor de la muerte y de los dolores que la habían de acompañar.

¡Oh amabilísimo JESÚS mío!, quisisteis quedaros con nuestro temor, para comunicarnos la fortaleza necesaria de soportar los trabajos de la vida. Que todas las generaciones os bendigan por tanta piedad y tanto amor, y que todos los corazones de los hombres os amen tanto como Vos lo deseáis y merecéis.

II. De la amargura de Jesús en el Huerto. — Comenzó después a experimentar grande amargura por los trabajos que le aguardaban. Cuando sentimos algún disgusto, las mismas alegrías se convierten en amargos sinsabores. ¡Qué angustias, y qué pesares, por consiguiente, no debieron atormentar a Jesucristo al ver en espíritu el horrible aparato de tormentos interiores y exteriores que tan cruelmente habían de martirizar su alma benditísima y su sagrado cuerpo! Entonces pasaron por su imaginación todos los dolores que debía sufrir: las burlas y sarcasmos de judíos y romanos, las injusticias que habían de cometer los

(4) *Matth.*, XXVI, 38.

(5) *In Marc.*, 14.

jueces de su causa y, sobre todo, la muerte cruel e ignominiosa que le aguardaba, siendo en ella abandonado de todos, de Dios y de los hombres, sumergido en un mar de dolores y de menosprecios. Todo este tropel de ignominias le arrancó aquel grito de angustia con el cual pidió auxilio a su Eterno Padre. ¡Oh JESÚS mío, os compadezco en vuestros dolores, os doy gracias y os amo!

En esto, dice SAN LUCAS, se le apareció un ángel del cielo, confortándole (6). «Esta ayuda y socorro, dice SAN BEDA, lejos de mitigar, le aumentó el dolor». En efecto, el ángel le alentó a padecer todavía más por la gloria de Dios y por el alma del hombre.

¡Amado Señor mío!, ¡cuántos sudores os costó este primer combate! En el decurso de vuestra Pasión, los azotes, las espinas y los clavos os atormentaron cada cual a su tiempo; pero en el Huerto los dolores de toda vuestra Pasión os asaltaron en tropel para atormentaros y afligiros; y los aceptasteis todos por mi amor y para mi provecho. ¡Oh Dios mío!, ¡cuánto me pesa de haber menospreciado vuestro amor y haber contrariado mi voluntad por ir en pos de mis emponzoñados placeres! Hoy los detesto como el mayor de los males y de todo corazón me arrepiento por haberos ofendido. JESÚS mío, perdonadme.

III. De la tristeza de Jesús. — Junto con el temor y la amargura asaltó indecible tristeza y aflicción de espíritu. Pero, Señor, ¿no sois Vos el que tanta alegría comunicó a vuestros mártires, que llegaron hasta despreciar los tormentos y la muerte? SAN VICENTE, según el testimonio de San Agustín, al ser martirizado, conversaba con tanta alegría, que, al parecer, uno era

(6) Luc., XXII, 43.

el que hablaba y otro el que sufría (7). Tendido SAN LORENZO sobre las parrillas, era tanto el gozo interior que experimentaba su alma, que, desafiando las iras del verdugo, le decía: «Vuélveme y come.» Y Vos, JESÚS mío, que inundasteis de alegría el corazón de vuestros mártires, ¿quisisteis padecer en vuestra Pasión tan grandes tristezas y amarguras?

¡Oh JESÚS mío!, alegría del Paraíso, que colmáis de gozo al cielo y a la tierra!, ¿por qué os veo ahora tan triste y afligido?, ¿por qué decís que vuestra alma siente las agonías de la muerte? ¿Por qué, Redentor mío, por qué?... Ya lo comprendo; no fueron tantos los dolores de vuestra Pasión como los pecados de los hombres, y los míos más en particular, los que os causaron angustias mortales.

IV. La causa principal de las agonías de Cristo. — El Verbo divino, amando a su Padre infinitamente, aborrecía el pecado, por conocer bien su malicia, con infinito aborrecimiento. Y para desterrar el pecado del mundo, y para que no fuese ultrajada la majestad de su Padre, bajó del cielo a la tierra y se hizo hombre, dispuesto a sufrir una muerte cruel e ignominiosa. Pero al entender que después de su trabajo y desvelos se habían de cometer tantos pecados en el mundo, este dolor, en concepto de SANTO TOMÁS (8), venció en intensidad y sentimiento al dolor que experimentaron todos los penitentes de sus propias culpas, y sobrepujo todas las congojas que pueden atormentar el corazón humano. La razón es clara: porque el sufrimiento en el hombre va siempre mezclado con algún

(7) **Serm.** 275, de San Vicente, n. 1.

(8) P. 3, g. 46, a. 6, ad 4.

alivio y consuelo, mientras que el dolor de JESÚS fue puro, sin ningún refrigerio ni lenitivo (9).

¡Ah!, si yo os amase, JESÚS mío, si yo os amase, me bastaría considerar lo mucho que por mí habéis padecido, para que se me tornasen agradables y llevaderos todos los dolores y los oprobios y molestias del mundo. Inflamadme en vuestro santo amor, a fin de que sufra con alegría, o a lo menos con paciencia, los pocos trabajos que me enviéis. No permitáis que me sorprenda la muerte antes que pueda manifestaros mi agradecimiento por las muchas finezas de vuestro amor. En todas las tribulaciones que me sobrevengan, mi deseo será repetiros sin cesar: Jesús mío, abrázome con estas penas y trabajos para manifestaros mi amor; quiero sufrir para agradeceros y complaceros.

Nos habla la historia de muchos penitentes que, iluminados por la luz divina, llegaron a comprender la malicia de sus pecados, muriendo en el acto de puro dolor. Ahora bien, ¿quién acertará a entender las angustias que acosaron al corazón de JESÚS al pasar por delante de sus ojos todos los pecados del mundo, todas las blasfemias y sacrilegios, todas las deshonestidades y mil otros géneros de culpas que se habían de cometer en el mundo después de su afrentosa muerte? Pues bien, todos estos crímenes, a manera de bestias feroces, se lanzaron sobre el corazón de JESÚS, para despedazarlo y consumirlo. Por esto nuestro amorosísimo Redentor, en las tristezas y agonías del Huerto, exclamaba: ¿Conque es éste, ¡oh mortales!, el pago que vais a dar al amor infinito que estoy demostrando? ¡Ay, si yo advirtiese que para responder a mi cariño aborrecierais el pecado y comenzaseis a amarme, ¡con cuánto gozo y alegría me lanzaría a la muerte por vosotros!

(9) Contenson, L. 10, d. 4, c. 1, sp. 1.

Pero considerar que a mis muchas fatigas habéis de responder con pecados, y al advertir que mi entrañable amor ha de tener por recompensa la más negra ingratitud, esto es, lo que me da congojas de muerte, esto es lo que me hace sudar viva sangre. Por esto dice el Evangelista: *Y vínole un sudor como de gotas de sangre, que chorreaba hasta el suelo* (10). Este sudor de sangre, fue tan copioso, que, según SAN LUCAS, tiñó primero los vestidos de JESÚS y después regó la tierra en abundancia.

¡Oh amorosísimo JESÚS!, en el Huerto yo no veo los azotes, ni las espinas, ni tampoco los clavos, que rasguen vuestra carne sacrosanta; pues, ¿cómo os veo bañado en sangre desde la cabeza hasta los pies? ¡Ah!, es que mis pecados fueron la prensa cruel que, a puros pesares y tristezas, hicieron brotar de vuestro Corazón sangre en tanta abundancia; es que yo entonces fui uno de vuestros más crueles verdugos, contribuyendo con mis pecados a atormentaros con bárbara crueldad. Bien lo sé, JESÚS mío: si yo hubiera pecado menos, menos hubierais tenido que padecer, de suerte que vuestros dolores se acrecentaron en aquella sazón al compás de los placeres que gusté al ofenderos. ¿Cómo, pues, no muero de dolor al entender que he pagado el amor que me habéis manifestado en vuestra Pasión contribuyendo a vuestros pesares y agonías? ¿Cómo he tenido valor para atormentar un corazón tan amante, que me ha dado tantas pruebas de amor? Ya que no puedo proporcionaros mejor consuelo que arrepintiéndome de haberos ofendido, me arrepiento, JESÚS mío, y detesto mis pecados de todo corazón. Dadme un dolor tan vivo y tan intenso, que me haga

(10) Luc., XXII, 44.

llorar hasta el fin de mi vida los disgustos que os he dado a Vos, mi Dios, mi amor y mi todo.

V. De la oración de Jesús en su agonía. — *Y se postró JESÚS en tierra caído sobre su rostro (11).* Sintién dose el Señor con el peso de todos los pecados del mundo, se postró en tierra para rogar por los hombres, como si se avergonzase de levantar los ojos al cielo, al considerar que pesaban sobre El tantos crímenes.

¡Oh Redentor mío!, os veo transido de dolor, con el rostro cubierto de mortales agonías, y no os cansáis de orar (12). Decidme, Señor, ¿por quién rogáis? Entonces no tanto rogabais por Vos como por mí ofreciendo al Padre Eterno vuestras eficacísimas oraciones, unidas a vuestros dolores, para alcanzarme el perdón de mis pecados. *El cual, en los días de su carne mortal, como dice SAN PABLO, ofreciendo plegarias y súplicas con grande clamor y lágrimas a Aquel que Podía salvarle de la muerte, fue oído en vista de la piedad filial con que obedecía a su Padre (13).* ¡Oh Redentor mío!, ¿cómo habéis podido amar con tan entrañable amor al que tanto os ha ofendido?, ¿cómo habéis podido soportar por mí tantos trabajos, previendo como preveíais las ingratitudes con que os había de responder?

¡Oh afligido Señor mío!, dadme parte en los dolores que entonces sufristeis por mis pecados; los desto en este instante y uno este aborrecimiento al que experimentasteis en vuestra agonía. Olvidaos, Salvador mío, de mis pecados; porque hasta el infierno

(11) **Matth.**, XXVI, 39.

(12) **Luc.**, XXII, 43.

(13) **Hebr.**, V, 7.

sería poco para expiarlos; acordaos solamente de las penas que por mí sufristeis. ¡Oh JESÚS, amor mío! Vos sois todo mi amor y toda mi esperanza; os amo, Señor, con toda mi alma y quiero amaros siempre. Por los méritos del tedio y de la tristeza que experimentasteis en el Huerto de Getsemaní, dadme fervor y alientos para emprender todo lo que entienda ser de vuestra gloria. Por los merecimientos de vuestra agonía, esforzad mi alma para que resista a todas las tentaciones de la carne y del infierno; dadme la gracia de encomendarme siempre a Vos y de repetir siempre: *Cúmplase vuestra voluntad y no la mía* (14). Amén.

CAPITULO VII

DEL AMOR QUE JESÚS NOS HA MANIFESTADO SU- FRIENDO TANTOS MENOSPRECIOS DURANTE SU PASIÓN.

I. Jesús abandonado de todos. — Dice BELARMINO que los corazones nobles y generosos son más sensibles a los menosprecios e ignominias que a los dolores del cuerpo (1); porque si éstos martirizan la carne, aquéllos atormentan el alma; y así como el alma vence en nobleza y dignidad al cuerpo, así también siente más las penas y trabajos. Ahora bien, ¿quién podría imaginarse que el más augusto personaje del cielo y de la tierra, que el Hijo de Dios, al venir al mundo para hacerse hombre por amor a los hombres, fuese tratado con tanta vileza e inhumanidad como si fuese el último y el más infame de todos los mortales? *Nosotros le hemos visto despreciado, dice ISAÍAS, y tratado como el desecho de los hombres* (2). El monje HERVEO afirma que Jesucristo quiso padecer en su Pasión tantas deshonras y afrentas, que llegó hasta los últimos límites de la humillación (3).

¡Oh Señor de todo el universo!, a pesar de ser el rey más poderoso del mundo, habéis querido ser el

(1) *De gemitu columbae*, l. 2, cap. III.

(2) *Is.*, LIII, 2.

(3) *In Phil.*, 2.

más despreciado de todos los hombres, para enseñarme a amar los desprecios. Ya que habéis querido por mi amor sacrificar vuestra honra, estoy dispuesto a padecer por vuestro amor las afrentas que reciba.

¿Qué género de afrentas dejó de padecer JESUCRISTO durante su Pasión dolorosa? Hasta sus mismos discípulos le abandonaron y afrentaron: uno de ellos le hizo traición y lo vendió por un puñado de dinero; otro renegó de El varias veces y afirmó públicamente que no lo conocía, confesando de este modo que se avergonzaba de haberle antes conocido; los demás discípulos, al verle preso y maniatado, huyeron y le abandonaron; pues, como dice SAN MARCOS: *Entonces sus discípulos, abandonándole, huyeron todos* (4).

¡Oh menospreciado JESÚS mío!, ¿quién sacará la cara por Vos, si desde el momento que os ven preso vuestros mejores amigos huyen y os abandonan? ¡Ah, Dios mío!, que tan grande deslealtad no acabó con vuestra Pasión. ¡Cuántos hay que después de haber entrado a vuestro servicio, y haber sido favorecidos con abundantes gracias y muy señalados favores, os dejan y os abandonan por viles intereses, por respetos humanos, por emponzoñados placeres! El que se halle en la cuenta de estos ingratos, que diga con lágrimas de arrepentimiento: Perdonadme, ¡amadísimo Jesús mío!, que ya no volveré a ofenderos; antes prefiero perder mil veces la vida que perder vuestra gracia, Dios mío, mi amor y mi todo.

II. Prisión de Jesus. — Judas, al llegar al Huerto con una compañía de soldados, se adelanta, abraza a su Maestro y le besa. JESÚS lo consiente; pero, conociendo su pérfido intento, se queja amorosamente

(4) Marc., XIV, 50.

a Judas y le echa en cara su traición, diciéndole: *Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?* (5). Entonces la chusma vil que acompañaba a Judas se lanzó contra JESÚS y le ató como a un malhechor. *Y los ministros de los judíos, dice SAN JUAN, prendieron a Jesús y lo ataron* (6).

Pero... ¿qué es lo que veo? ¡Un Dios maniatado! Y ¿por quién? Por unos gusanos de la tierra salidos de las manos del mismo Dios. Angeles del Paraíso, ¿qué decís? Y Vos, JESÚS mío, ¿cómo permitís que os aten las manos? «¡Oh Rey de reyes y Señor de los que dominan!, os diré con SAN BERNARDO, ¿qué tienen que ver las cadenas de los esclavos y de los malhechores con Vos, que sois el Santo de los santos?» (7).

Pero si el atrevimiento de los hombres llega a tanto, ¿por qué no rompéis las ataduras y os libráis de los tormentos y de la muerte que os preparan? ¡Ah, ya lo entiendo, Señor, ya lo entiendo; no son tanto las ligaduras como vuestro acendrado amor el que os tiene maniatado y os arrastra a padecer y morir por nosotros. «¡Oh caridad inefable, exclama SAN LORENZO JUSTINIANO, sólo tú has tenido poder bastante para atar a todo un Dios y conducirlo a la muerte por el amor del hombre!» (8).

III. Jesús, conducido al palacio de Caifás. — «Mira, cristiano, dice SAN BUENAVENTURA, a aquellos perros rabiosos, que hacen presa en el mansísimo Cordero, el cual les sigue sin hacer resistencia alguna; el uno le coge, el otro le ata las manos, éste le da em-

(5) Luc., XXII, 48.

(6) Io., XVIII, 12.

(7) De Pass., c. 4.

(8) Ling. vit de Car., c. 6.

pellones, aquél le hiere» (9). Así, maniatado nuestro dulcísimo Salvador, es conducido prisionero a la casa de Anás y después al palacio de Caifás. Este malvado Pontífice le hizo preguntas relacionadas con sus discípulos y con la doctrina que había predicado; a las preguntas respondió Cristo diciendo: «que no había hablado en secreto, sino a la faz del mundo; y que muchos de los que estaban allí presentes podían decirle lo que había enseñado» (10). Al oír esta respuesta tan comedida, *uno de los asistentes dio una bofetada a JESÚS, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice?* (11). «Angeles del cielo, exclama SAN JERÓNIMO, ¿por qué calláis? ¿Es que la paciencia inefable de vuestro Rey os corta el habla y os hace enmudecer?» (12).

¡Oh JESÚS mío!, respuesta tan justa y moderada, ¿pudo jamás pagarse con tan grande afrenta en presencia de gente tan calificada? El indigno Pontífice, lejos de castigar la audacia del indigno ministro, la alaba o a lo menos le da muestras de aprobación; y Vos, Señor mío, pasáis por todo a trueque de expiar los ultrajes que con mis pecados hice a la Majestad divina. Gracias, JESÚS mío, gracias. Eterno Padre, perdonadme por los méritos de JESUCRISTO.

Luego el indigno Pontífice le preguntó si realmente era Hijo de Dios. *Yo te conjuro de parte de Dios vivo*, le dijo, *que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios* (13). JESUCRISTO, por respeto al nombre de Dios, contestó afirmativamente. A tal respuesta, el Sumo Sacerdote rasgó las vestiduras, diciendo que

(9) **Med. v. Ch.**, c. 75.

(10) **Io.**, XVIII, 20, 21.

(11) **Ib.**, 22.

(12) **Hom.** 83, n. 3.

(13) **matth.**, XXVI, 63.

había blasfemado; y todos los allí presentes a una voz gritaron: *Reo es de muerte* (14).

Con razón, JESÚS mío, con razón os declararon reo de muerte, una vez que habéis tomado el encargo de expiar mis pecados, que me habían condenado a muerte eterna; pero ya que con vuestra muerte me habéis dado la vida, justo es que la emplee en vuestro servicio y, si fuera menester, la pierda por vuestro amor. No quiero ya vivir para satisfacer mis caprichos y antojos, sino para amaros con todo mi corazón. Ayudadme con vuestra gracia.

IV. Jesús, escupido y abofeteado. — *Luego comenzaron a escupirle en la cara y a maltratarle a puñadas* (15). Después de haberle proclamado reo de muerte, la soldadesca, considerando a Cristo como hombre infame y condenado al suplicio, pasó toda la noche dándole bofetadas y puntapiés, mesándole la barba y también afeando su rostro con inmundas salivas. Mofándose de El llamándole falso Profeta y diciéndole: *Cristo, profetízanos, adivina, ¿quién te ha herido?* (16). Todo lo que le estaban diciendo, lo había profetizado el Señor por ISAÍAS: *Entregué mis espaldas a los que me azotaban, y mis mejillas a los que mesaban mi barba; no oculté mi rostro a los que me escarnecían y escupían* (17). El devoto TAULERO asegura haber leído en San Jerónimo que la sacrílega orgía de aquella horrible noche sólo se conocerá en todos sus pormenores en el día del juicio final (18).

(14) *Ib.*, 66.

(15) *Ib.*, 67.

(16) *Ib.*, 68.

(17) *Is.*, L. 6.

(18) *Meditaciones sobre la Vida y Pasión de Jesucristo*, cap. XVII.

Hablando SAN AGUSTÍN de las ignominias padecidas por Cristo, dice: «Si esta medicina no cura la hinchazón de nuestra soberbia, no acierto a dar con otro remedio» (19).

¡Oh JESÚS mío!, ¿cómo siendo Vos tan humilde soy yo tan soberbio? Iluminadme, Señor, dadme a entender quién sois Vos y quién soy yo.

Entonces le escupieron en el rostro. ¿Puede darse mayor género de afrenta que escupir a uno en el rostro? «Al último de los ultrajes, dice ORÍGENES, pertenece el recibir esputos» (20). ¿Dónde, en efecto, se suelen arrojar los esputos sino en los más inmundos lugares? Y Vos, JESÚS mío, ¿toleráis que se os escupa en la cara? Aquellos malvados os maltratan dándoos bofetadas y puntapiés; os injurian escupiéndoo en el rostro y prodigándoos toda suerte de afrentas, ¿y calláis?, ¿y no les amenazáis? No porque, como dice el Apóstol (21), *cuando le maldecían no retornaba maldiciones, cuando le atormentaban, no prorrumpía en amenazas, antes se ponía en manos de aquel que injustamente le sentenciaba.* Como cordero inocente, humilde y lleno de mansedumbre, lo sufría todo sin proferir una queja, ofreciéndolo al Eterno Padre para alcanzar el perdón de nuestros pecados. Ya lo dijo ISAÍAS: *Guardaré silencio sin abrir siquiera su boca, como el cordero que está mudo delante del que le esquila* (21). Meditando cierto día Santa Gertrudis sobre las afrentas que recibió JESUCRISTO en su Pasión, comenzó a alabarlo y bendecirlo, cosa que agradó en extremo al Señor, pues le dio rendidas y amorosas gracias.

(19) Serm., 77.

(20) In Matth., tr. 35.

(21) Petr., I, II, 23.

¡Oh Señor mío ultrajado! Vos sois el Rey del cielo y el Hijo del Altísimo; lejos de merecer vilipendios y afrentas, sois digno de que todas las criaturas os adoren y bendigan. Yo os adoro, pues, os bendigo y os doy gracias; os amo con todo mi corazón y me arrepiento de haberos ofendido. Ayudadme, tened compasión de mí.

V. Jesús, tratado como loco. — A la mañana siguiente los judíos conducen a JESUCRISTO a la presencia de Pilatos, exigiéndole que lo condene a muerte. Pilatos, sin embargo, lo declaró inocente, diciéndoles: *Yo no hallo delito alguno en este hombre* (23). Y para librarse de las molestias de los judíos, que seguían pidiendo la muerte del Salvador, lo envió a Herodes, quien se holgó mucho de ver a JESÚS en su presencia, esperando que para librarse de la muerte haría uno de tantos prodigios que la fama pregonaba del insigne taumaturgo; con este fin le puso muchas preguntas. Mas JESÚS, que no pretendía librarse de la muerte, y ni creía digno a aquel rey malvado de escuchar sus respuestas, calló y no le contestó. Entonces el soberbio rey, con todos los de su séquito, lo despreció, y para burlarse de él lo vistió de ropa blanca, y lo volvió a enviar a Pilatos (24). «Y burlándose de Él como si fuera un loco, dice el CARDENAL HUGO, lo cubrió con blanca vestidura». Y SAN BUENAVENTURA añade: «Lo despreció como a impotente, porque no hizo ningún milagro; como a ignorante, porque no respondió palabras; y como a estúpido, porque no se defendió» (25).

(22) Is., LIII, 7.

(23) Luc., XXIII, 4.

(24) Luc., XXIII, 11.

(25) Com. in Luc. XXIII, 11, c. 23, n. 13.

¡Oh Sabiduría eterna!, ¡oh Verbo divino!; ¡sólo os faltaba la ignominia de pasar por loco y falto de razón! ¡Tanto os apretaba el afán de salvarnos, que por amor nuestro quisisteis, no sólo ser vituperado, sino saciado de oprobios y maldiciones! Ya lo profetizó JEREMÍAS: *Presentará su mejilla al que le hiriere, y le hartarán de oprobios* (26). Y ¿cómo llega a tanto vuestro amor por los hombres cuando en correspondencia sólo recibís de ellos desprecios e ingratitudes? Pero, ¡ay!, que yo soy uno de estos ingratos, que os he ultrajado tanto o más que Herodes; pero JESÚS mío, no me castigéis como a Herodes privándome de oír la voz de vuestras divinas inspiraciones. Herodes no quiso reconocer vuestra divina Majestad, yo confieso que sois mi Dios; Herodes no os amaba, yo os amo más que a mí mismo; no me privéis, pues, de oír la voz de vuestras inspiraciones, como lo tengo merecido por las ofensas que os he causado. Decid qué es lo que de mí queréis, puesto que con el auxilio de vuestra gracia estoy dispuesto a llevarlo a cabo.

VI. Jesús, pospuesto a Barrabás, recibe otras afrentas. — JESÚS fue de nuevo presentado a Pilatos, y el gobernador lo presentó al pueblo para preguntarle a cuál de los dos quería que librase en aquella Pascua: a JESÚS o a Barrabás, el homicida. El pueblo, a gritos, contestó: *No a éste, sino a Barrabás* (27). Replicóles Pilatos: *¿Pues qué he de hacer con Jesús?* Dicen todos: *Sea crucificado*. Y el Presidente: *Pero, ¿qué mal ha hecho?* Mas ellos comenzaron a gritar diciendo: *Sea crucificado* (28). ¡Ay, Dios mío!, que la mayor parte

(26) Thr., III, 30.

(27) io., XVIII, 40.

(28) Matth., XXVII, 22.

de los hombres prosiguen hoy gritando: no a éste, sino a Barrabás, cada vez que menosprecian a Cristo por un placer carnal, por puntillos de honra, por un desahogo de cólera.

¡Oh Señor mío!, bien sabéis que hubo un tiempo en que os causé la misma injuria, cuando preferí seguir mis gustos, mil veces malditos, a vuestra gracia. Perdonadme, JESÚS mío, que ya estoy arrepentido del mal que hice en lo pasado, y en lo por venir Vos seréis preferido en esto. Os amo y os quiero más que a todas las cosas del mundo, y antes que abandonaros prefiero perder mil veces la vida. Dadme la santa perseverancia; no me neguéis vuestro santo amor.

Más adelante hablaremos de los ultrajes que recibió JESUCRISTO hasta que acabó su vida en el Calvario; pues, como dice SAN PABLO: *Sufrió en la cruz, sin hacer caso de la ignominia* (29). Entretanto consideremos con qué exactitud se cumplió en nuestro amoroso Redentor lo que predijo el Salmista por estas palabras que puso en sus labios: *Soy un gusano, y no un hombre; y el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe* (30). Y llegó a morir deshonorado, ajusticiado en un patíbulo a manos de verdugo, y colocado entre dos malhechores, para que *fuese confundido con los facinerosos*, como predijo ISAÍAS (31).

¡Oh Señor!, exclama SAN BERNARDO, Vos el más noble de todos los príncipes, comparado con los hombres más villanos; Vos, el Soberano de excelsa Majestad, envilecido; Vos, la gloria de los ángeles, trocado en oprobio de los hombres» (32). «¡Oh gracia

(29) Hebr., XII, 2.

(30) Ps. XXI, 7.

(318) Is., LIII, 12.

(328) Serm. de Pass. n. 3.

y fortaleza del amor divino, prosigue diciendo SAN BERNARDO, que el soberano Señor de todo lo criado se haya humillado hasta ocupar el último lugar! Y ¿quién ha logrado esto? Lo ha conseguido el amor» (33); el amor que Dios tiene a los hombres; con lo cual quiere manifestarles que les ama, y que, a su ejemplo, deben sufrir con paz y alegría los desprecios y las injurias. *Cristo padeció por nosotros*, dice SAN PEDRO, *dándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas* (34). Como le preguntase a San Eleázaro su esposa cómo podía llevar sufridamente tantas injurias como le hacían, respondió: «Póngome a considerar los desprecios que por mí padeció JESUCRISTO, y comparando mis afrentas con las tuyas, veo que las mías son nada comparadas con las que El, siendo Dios, padeció por mí» (35).

¡Oh JESÚS mío!, ¿cómo en presencia de un Dios tan ultrajado por mi amor no sé sufrir por el vuestro el más pequeño desprecio? ¡Ser a la vez pecador y soberbio! Y ¿de dónde, JESÚS mío, puede proceder esta soberbia? Por los méritos de vuestros desprecios sufridos por mí, dadme la gracia de sufrir con paciencia y alegría las injurias y afrentas que reciba. Ayudado de vuestra gracia, propongo de hoy en adelante no lamentarme de mi suerte, y aceptar con rostro alegre todas las injurias que me hagan. Cuando tuve el atrevimiento de menospreciar vuestra majestad infinita, otro género de afrentas merecía yo, las afrentas que padecen los condenados en el infierno. Amadísimo Redentor mío, abrazándoos con tantos menosprecios por mi amor, me habéis tornado dulces y amables

(33) Serm. 64.

(34) Petr., II, 21.

(35) WADINGO, *Anales minorum*, año 1319, n. 5.

las mayores ignominias. Para agradaros y complaceros, propongo hacer todo el bien posible al que me desprecie; o a lo menos hablar bien de él y tenerlo presente en mis oraciones. Desde ahora os ruego que colméis de gracias a todos los que me han injuriado. Os amo, bondad infinita, y quiero siempre amaros cuanto pueda. Amén.

CAPITULO VIII

DE LA FLAGELACIÓN DE JESUCRISTO.

I. La flagelación, monstruosa injusticia. — Entremos en el pretorio de Pilatos, convertido un día en horrendo teatro de las ignominias y de los dolores de JESUCRISTO, y veamos cuán injusto, ignominioso y cruel fue el suplicio que padeció el Salvador del mundo.

Viendo Pilatos que los judíos proseguían amotinándose contra JESÚS, el juez, con notoria injusticia, lo condenó a ser azotado. *Tomó entonces Pilatos a JESÚS y mandó azotarle* (1). Pensó el inicuo juez que con este bárbaro proceder se granjearía el Salvador la compasión de sus enemigos, y lograría por este medio librarse de la muerte. *Así que después de castigarlo, dijo, le daré por libre* (2). Era la flagelación castigo propio de esclavos, y nuestro amoroso Redentor, como lo advierte SAN BERNARDO, quiso no sólo tomar forma de esclavo, para sujetarse a la voluntad de otro, sino también la forma de un esclavo rebelde y malvado, para ser castigado con azotes y pagar la pena que los hombres merecían por haberse hecho esclavos del pecado (3).

¡Oh Hijo de Dios y amante apasionado de mi alma!, ¿cómo es posible que siendo Vos Señor de ma-

(1) Io., XIX, 1.

(2) Luc., XXIII, 22.

(3) Serm. de Pass. n. 10.

jestad infinita hayáis podido amar con tan entrañable amor a una criatura tan vil e ingrata como yo soy, y que hayáis padecido tantos trabajos para librar-me de lo que mis pecados merecían? ¡Un Dios azotado!... Esto de sufrir el Señor el más pequeño golpe debiera sorprendernos más que si en un momento fueran destruidos y aniquilados todos los ángeles y todos los hombres. ¡Oh JESÚS mío!, perdonadme mis pecados y después castigadme como os agrade. Con que Vos me améis y yo os ame, me doy por contento y estoy dispuesto a obedecer todos los trabajos que me sobrevinieren.

II. La flagelación, suplicio ignominioso. — Luego que hubieron llegado al Pretorio, los verdugos mandaron a JESÚS despojarse de sus vestidos, y nuestro amoroso Redentor, según fue revelado a Santa Brígida, se desnudó por sí mismo, se abrazó a la columna y alargó las manos para que le maniataran (4). ¡Oh Dios mío!, ya comienza el suplicio cruel. ¡Ángeles del cielo!, venid a presenciar esta dolorosa escena; y si no podéis librar a vuestro augusto Rey del bárbaro ultraje que los hombres le preparan, venid, al menos, a llorar conmigo de compasión.

Y tú, alma mía, figúrate que te hallas presente al terrible suplicio de tu amable Redentor; mira a tu afligido Jesús con la cabeza inclinada y los ojos clavados en el suelo por la vergüenza que le causa el singular tormento que le aguarda; mira a los bárbaros verdugos que, como perros rabiosos, se lanzan armados de látigos sobre el inocente Cordero; mira cómo uno le hiere en el pecho, otro le azota las espaldas, otros des-

(4) Revelaciones, Colonia, 1628, l. IV; cap. LXX.

cargan sus látigos sobre las piernas y costados, sin que su cabeza sagrada y su divino rostro se vean libres de los golpes. La sangre de JESÚS corre por todas partes, quedando bañados en sangre divina los azotes, las manos de los verdugos, la columna y hasta la tierra. «Hiérenle, exclama llorando SAN LORENZO JUSTINIANO; los azotes despedazan todo su cuerpo; unas veces alcanzan sus piernas, otras cruzan sus espaldas, añadiendo a unas heridas otras heridas, y llagas más crueles a la primeras llagas» (5).

¡Verdugos crueles!, ¿qué estáis haciendo? Deteneos, deteneos; mirad que andáis equivocados; mirad que este hombre a quien atormentáis es inocente y santo; el culpable soy yo; yo, que he pecado, soy merecedor de los azotes y de los demás suplicios. —Pues qué, ¿os hacéis sordos a mis ruegos? —Padre Eterno, ¿cómo podéis tolerar tan grande injusticia?; ¿cómo podéis ver a vuestro amadísimo Hijo padeciendo tan fieros tormentos sin socorrerlo? ¿Qué delito ha cometido para merecer castigo tan cruel y vergonzoso?

Le he herido para expiar las maldades de mi pueblo (6). Bien sé, dice el Eterno Padre, que mi Hijo es inocente; mas ya que se ha ofrecido a satisfacer a mi justicia por los pecados de todos los hombres, conviene que le abandone al furor de sus enemigos.

¡Oh adorable Salvador mío!, para expiar nuestros pecados y, sobre todo, los pecados de impureza, que son los más frecuentes entre los hombres, habéis querido ver despedazada vuestra carne purísima. ¿Quién, pues, no exclamaría con SAN ANSELMO: «¡Oh inefable caridad del Hijo de Dios para con los pecadores!» (7).

(5) De Tr. Chr. Ag. c. XIV.

(6) Is., LIII, 8.

(7) Orationes 2.

¡O JESÚS mío azotado!; gracias os doy por tanto amor, y deploro que mis pecados hayan contribuido a hacer más cruel el suplicio de vuestra flagelación. Detesto, JESÚS mío, todos mis culpables placeres, que tantos dolores os han causado. ¡Cuántos años ha que debiera estar ardiendo en el infierno! ¿Por qué, Señor, me habéis esperado con tanta paciencia? Para que vencido al fin de las finezas de vuestro amor, me entregara a Vos, abandonando el pecado. Amado Redentor mío, no quiero resistir por más tiempo a vuestro cariño; en adelante quiero amaros con toda la ternura de mi corazón. Pero ya conocéis mi debilidad, que bien la están pregonando mis pasadas traiciones; por eso os suplico que me desprendáis de todos los afectos terrenos que me impiden el ser enteramente vuestro. Recordadme con frecuencia el amor que me habéis tenido y lo negligente que he sido en corresponder a vuestro amor. En Vos, Dios mío, mi amor y mi todo, deposito toda mi esperanza.

«Ya corre la sangre divina, exclama SAN BUENAVENTURA; a las llagas se añaden otras llagas, y a las heridas otras nuevas» (8). Sin embargo, aquellos bárbaros verdugos no se cansan, cumpliéndose lo que dijo el Profeta: *y aumentaron más y más el dolor de mis llagas* (9). Los azotes ya no sólo desgarran los miembros del Salvador, sino que le arrancan pedazos de carne que van a caer a lo lejos.

Finalmente, las carnes sacrosantas de Cristo que daron tan desgarradas y deshechas, que a través de las heridas, dice un piadoso escritor, se le podían contar los huesos (10), y CORNELIO ALAPIDE añade: que

(8) **Med. V. Chr.**, c. 76. **Obras**, Lyon, IV, p. 387; año 1668.

(9) **Ps. LXVIII**, 27.

(10) **CONTENSON**, L. X, d. 4, c. 1.

Jesucristo debía naturalmente perder la vida en este suplicio; pero que la virtud divina alentó su natural flaqueza a fin de que pudiera sufrir mayores tormentos por nuestro amor, que es lo que ya había dicho SAN LORENZO JUSTINIANO (11).

¡Amadísimo Señor mío!, digno de infinito amor, ya que habéis padecido tanto para ganaros mi corazón, no permitáis que en vez de amaros torne a ofenderos e injuriaros. ¿Qué tormentos serían para mí bastantes en el infierno, si después de haber conocido el amor que me tenéis, miserablemente me condenase por haber ofendido a un Dios que por mi amor se ha dejado ultrajar, abofetear y azotar, y que, no obstante haberle ofendido tantas veces, me ha perdonado con tan inefable piedad? No lo permitáis, Jesús mío, no lo permitáis, porque el amor y la paciencia que conmigo habéis ejercido, sería para mí en el infierno un suplicio más cruel y espantoso.

III. La flagelación, suplicio cruel. — La flagelación de nuestro Redentor fue un tormento harto cruel. Primeramente fueron muchos los verdugos que tomaron parte en este atroz suplicio, pues, según la revelación hecha a Santa María Magdalena de Pazzi, no bajaron de sesenta (12). Y después estos sesenta verdugos, instigados por los demonios y también por los sacerdotes, los cuales andaban temerosos de que Pilatos, después de haber azotado al Señor, le pusiera en libertad, como ya se lo había insinuado, le descargaban fieros azotes, que tiraban a quitarle la vida. Conviene, además, todos los doctores, con San Buena-ventura, que para el caso buscaron los instrumentos

(11) **De Tr. Chr. Ag.**, c. 14. **Obras**, Venecia, 1721, p. 260.

(12) **PUCCINI, Vida**; Florencia, 1611, p. VI; cap. II.

más crueles y fieros; de suerte que, como asegura San Anselmo, se contaban las llagas por los golpes, contándose éstos por millares, pues, como escribe el Padre Crasset, los verdugos azotaron a JESÚS a la usanza de los romanos, que no tenían número en los golpes, y no según la costumbre de los hebreos, que no podían pasar de cuarenta, como se lee en el Deuteronomio, que dice: *Los azotes, que no pasen de cuarenta, a fin de que tu hermano no salga a tu vista ignominiosamente llagado* (13).

Por eso el historiador JOSEFO, que vivió poco después de JESUCRISTO, dice que el Salvador fue de tal suerte llagado en la flagelación, que los huesos de las costillas quedaron al descubierto. La Virgen Santísima reveló esto mismo a Santa Brígida cuando le dijo: «Yo que estaba allí presente, vi las costillas de JESÚS descarnadas por la crueldad de los azotes; y lo más cruel era que, al retirar los azotes, quedaban surcadas sus carnes» (14). A Santa Teresa se le apareció en cierta ocasión JESUCRISTO en este paso de la flagelación; y quiso la Santa que se lo pintaran tan al natural como la había visto, y dijo al pintor que se lo pintara desprendiéndose un pedazo de carne del brazo izquierdo; mas como el artista le preguntase en qué forma debía trasladarlos al lienzo, volvióse al cuadro y lo halló pintado (15).

¡Adorado JESÚS mío!, ¡cuánto habéis padecido por mi amor! Haced que no resulten para mí estériles tantos dolores sufridos y tanta sangre derramada.

IV. La flagelación, suplicio inhumano. — Por las

(13) Deut. XXV, 3.

(14) Rev., l. I, c. 10.

(14) Rev., l. I, c. 10.

(15) Vida, cap. VII. Obras, Burgos, 1915.

solas Escrituras podemos venir en conocimiento de lo cruel e inhumana que fue la flagelación de JESUCRISTO. En efecto, ¿por qué Pilatos, después de haberlo azotado mostró a JESÚS al pueblo diciendo: *Ecce Homo*? porque creyó que, al ver el lamentable estado en que le habían dejado los azotes, se moverían a compasión sus mismos enemigos y acabarían por perdonarle la vida.

¿Por qué en el camino del Calvario *seguíale gran muchedumbre de pueblo y de mujeres, las cuales se deshacían en llanto y le plañían*? (16). ¿Acaso las mujeres le amaban y le creían inocente? No; porque de ordinario la mujer participa de los sentimientos del marido, y por esto también ellas lo creían culpable; pero como JESUCRISTO, después de la flagelación, presentaba un aspecto tan horrible y lastimoso que inspiraba compasión aun a los que le aborrecían, por eso lloraban las mujeres y se lamentaban.

Además, ¿por qué en el doloroso viaje que hizo JESÚS al Calvario le quitaron la cruz los judíos y obligaron al Cirineo a llevarla sobre sus hombros? Pues ésta es la opinión más probable, y se desprende del texto de SAN MATEO y de SAN LUCAS, que dicen: *Le obligaron a cargar con la cruz de JESÚS* (17). *Le cargaron la cruz para que la llevara en pos de JESÚS* (18). La compasión, ¿les obligó a obrar así?, ¿les movió a aligerar la carga? No; porque aquellos malvados le odiaban a muerte y buscaban nuevas maneras de atormentarle. Pero, como dice DIONISIO CARTUJANO, «temieron que se les muriese en el camino» (19).

(16) Luc., XXIII, 27.

(17) Matth., XXVII, 32.

(18) Luc., XXIII, 26.

(19) In Cap., 23, Luc, m art. XLIX.

Veían, en efecto, que Nuestro Señor, después de la flagelación había quedado desangrado y tan exhausto de fuerzas, que no podía tenerse en pie, de suerte que a cada paso caía bajo el peso de la cruz y, al parecer, iba a exhalar el último suspiro. Mas como los judíos querían que llegase vivo al Calvario, para tener el gusto de verlo morir crucificado, por eso obligaron al Cirineo a llevar la cruz; porque muriendo en ella pretendían que quedaría para siempre maldito su nombre, como predijo el Profeta: *Exterminémosle de la tierra de los vivientes, y no quede ya más memoria de su nombre* (20).

¡Oh Señor!, grande es la alegría que experimenta mi corazón al entender lo mucho que me habéis amado y al saber que todavía me conserváis el mismo amor que me teníais durante vuestra Pasión; pero, al mismo tiempo, mi dolor es también grande al recordar lo mucho que he ofendido a un Dios tan bueno. JESÚS mío, por los méritos de vuestra flagelación, os suplico que me perdonéis. Me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; y propongo no ofenderos más; perdonadme las ofensas que os he hecho, dadme la gracia de amaros siempre durante toda mi vida.

El Profeta ISAÍAS es, entre otros, el que con más vivos colores nos pinta el lamentable estado a qué, de antemano, vio reducido a nuestro adorable Redentor. Predijo este Profeta que la carne sacrosanta de JESÚS sería en la Pasión no sólo llagada, sino también desgarrada y despedazada: *Por causa de nuestras iniquidades, dice, fue llagado y despedazado por nuestras maldades* (21). Para dar a su justicia más cumplida satisfacción y hacer comprender a los hombres la ma-

(20) Ier., XI, 19.

(21) Is., LIII, 5.

licia del pecado, quiso el Eterno Padre que su Hijo fuese despedazado y llagado por los azotes; por esto prosigue diciendo el Profeta: *Y quiso el Señor consumirle con trabajos* (22). De suerte que el cuerpo bendito de JESÚS, como cuerpo de leproso, debía cubrirse de llagas de los pies a la cabeza. *Y lo tuvimos entonces como un leproso y como un hombre herido de Dios* (23).

He aquí, llagado Salvador mío, el lamentable estado a que os han reducido mis pecados. «¡Oh, mi buen JESÚS, os diré con SAN ANSELMO, nosotros pecamos y Tú expías nuestros crímenes! (24). Sea por siempre bendita vuestra infinita caridad y sea amada, como lo merece, de todos los pecadores, y especialmente de mí, que os he menospreciado más que todos ellos.

V. Las llagas de Cristo piden amor. — Cierta día se apareció JESÚS azotado a Sor Victoria Angelini, y, manifestándole todo su cuerpo llagado, le dijo: «Victoria, todas estas llagas piden a gritos amor». Amemos al Esposo de nuestras almas, dice el enamorado SAN AGUSTÍN, y mientras más desfigurado se nos presenta, tanto más dulce y amable le ha de parecer a la esposa (25).

¡Dulcísimo Salvador, si miro vuestro cuerpo y lo veo cubierto de llagas; miro vuestro hermosísimo rostro, pero ¡ay!, que ha perdido la belleza, ennegrecido por la sangre, la palidez y los esputos. *No es de aspecto bello*, dice ISAÍAS, *ni esplendoroso; le he-*

(22) *Ib.*, 10.

(23) *Ib.*, 4.

(24) *Orat.* 2.

(25) *Serm.* 44, cap. II.

mos visto y nada hay que atraiga nuestros ojos (26). Pero, amadísimo Señor mío, mientras más afeado os veo, tanto más hermoso y amable me parecéis; porque estas llagas son claro indicio y manifiesta señal del amor que me tenéis.

Os amo, JESÚS mío, llagado y herido por mí. También yo quisiera verme llagado por vuestro amor, como tantos mártires que han tenido esta dicha. Pero si en este momento no puedo ofreceros sangre y llagas, os ofrezco al menos, todos los trabajos que tenga que sufrir; os ofrezco también mi corazón, para que os ame con la ternura de que es capaz. Y ¿a quién he de amar con más tierno afecto que a un Dios azotado y desangrado por mi amor? Os amo, Dios de amor; os amo, bondad infinita; os amo, mi amor y mi todo; os amo tanto, que ni en ésta ni en la otra vida quiero cesar de exclamar: os amo, os amo, os amo. Amén.

CAPITULO IX

DE LA CORONACIÓN DE ESPINAS.

I. La coronación. — Mientras que los soldados proseguían azotando cruelmente al inocente Cordero, adelantóse uno de los asistentes, como le fue revelado a Santa Brígida, y con ánimo resuelto cortó las cuerdas que ataban a JESÚS, diciendo: «Vosotros no habéis recibido orden de matar a este hombre, como lo pretendéis.»

Mas apenas había terminado la flagelación, los bárbaros verdugos, instigados por los judíos y corrompidos por su dinero, como atestigua SAN JUAN CRISÓSTOMO, hicieron sufrir a JESUCRISTO un nuevo género de tormento. *En seguida los soldados del presidente, dice SAN MATEO, cogiendo a JESÚS y poniéndole en el pórtico del pretorio, juntaron alrededor de El a toda la cohorte; y desnudándose, le cubrieron con un manto de grana, y entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña por cetro en su mano derecha (1).*

Los soldados desnudaron de nuevo a JESÚS y, tratándole como a un rey de teatro, le pusieron sobre los hombros una a manera de capa de color carmesí, o un trozo de la clámide que usaban los soldados romanos. En la mano le pusieron una caña a guisa de

(1) Matth., XXVII, 27-29.

cetro y un haz de espinas en la cabeza, a manera de imperial diadema.

¡Oh JESÚS mío!, ¿no sois Vos por ventura, verdadero rey del mundo? ¿Cómo toleráis ahora el pasar por rey de oprobios y de dolores? Mirad, Señor, a qué extremos os ha llevado el amor. ¡Oh Dios mío amabilísimo!, ¿cuándo llegará el día en que yo me una a Vos con tan estrecho lazo de amor, que jamás cese de amaros y jamás viva separado de Vos? ¡Ah, Señor!, bien sé que mientras viva en el mundo estoy siempre en peligro de abandonaros y renegar de vuestro amor, como he tenido la desgracia de hacerlo en lo pasado. ¡JESÚS mío!, si prevéis que viviendo mucho tiempo he de padecer tamaña desgracia, enviadme hoy mismo la muerte, pues confío vivir unido a Vos con los lazos de la amistad. Por los méritos de vuestra amargísima Pasión, os ruego que me libréis de caer en tan grande mal. Mis pecados me han condenado a sufrir este castigo; pero, excepto éste, impóngame vuestra piedad el que os agrade. No, JESÚS mío; no quiero, Redentor mío, verme de nuevo separado de Vos.

II. La coronación, suplicio cruel. — *Y entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza.* Este tormento de la coronación de espinas, observa el devoto LANSPERGIO, fue dolorosísimo, porque las espinas atravesaron por todas partes la sagrada cabeza del Salvador, parte sensible al dolor por todo extremo, porque de la cabeza se extienden por el cuerpo los nervios, y a ella van a parar todas las sensaciones. Este fenómeno fue también el más prolongado de su Pasión, porque JESUCRISTO llevó clavadas las espinas en la cabeza hasta su muerte; de suerte que cada vez que le tocaban la cabeza o las espinas se le

renovaba todo el dolor. Son de opinión los autores, entre los cuales se cuenta SAN VICENTE FERRER, que la corona fue hecha de varias ramas erizadas de espinas, entrelazadas en forma de yelmo; y, según fue revelado a Santa Brígida, se la ajustaron tan estrechamente a la cabeza, que le bajaba hasta la mitad de la frente (2). SAN LORENZO JUSTINIANO y SAN PEDRO DAMIANO añaden que las espinas eran tan largas y punzantes, que llegaron a penetrar en el cerebro del Salvador (3).

Y esto no obstante, el mansísimo Cordero se dejaba atormentar sin oponer resistencia, sin proferir una palabra, sin exhalar una queja; sólo de cuando en cuando la violencia del dolor le obligaba a cerrar los ojos, como fue revelado a la Beata Agueda de la Cruz, y a lanzar amargos suspiros como un mártir próximo a la muerte (4). La sangre corría en tanta abundancia de las llagas de la sagrada cabeza, que, según una revelación hecha a Santa Brígida, el rostro, los cabellos, los ojos y la barba de JESÚS estaban bañados en sangre (5). De manera que, como dice SAN BUENAVENTURA, «aquel rostro ya no parecía el del Señor, sino el rostro de un hombre desollado».

«¡Oh, amor divino!, exclama SALVIANO, no sé cómo llamarte, si dulce o cruel, porque ambas cosas pareces al mismo tiempo» (6). ¡Oh JESÚS mío, el amor que tenéis a nuestras almas manifiesta la gran ternura de vuestro corazón; pero al mismo tiempo declara el rigor con que os tratáis, moviéndoos a padecer dolores tan espantosos». Hebéis querido ser coronado de

(2) **Rev.**, l. 4, c. 70.

(3) **De Tr. Chr. Ag.**, cap. XIV.

(4) **Año dominic.** Lyon, Jevain, 1889, abril; p. 563.

(5) **Rey.**, l. 4, c. 70.

(6) **Epist.**, l.

espinas, dice DIONISIO CARTUJANO, para coronaros después en el cielo con la corona de los predestinados» (7). Amadísimo Salvador mío, salvándome por los méritos de vuestros dolores, espero ser vuestra corona en el Paraíso, y alabaré por eternidades sin fin vuestro amor y vuestra misericordia.

III. Causa de tan crueles tormentos. — ¡Espinas crueles!, ¡ingratas criaturas!, ¿por qué atormentáis de este modo a vuestro Creador? Mas, ¿a qué acusar a las espinas, dice SAN AGUSTÍN, si fueron meros instrumentos en la Pasión de Cristo? Nuestros pecados, y sobre todo nuestros malos pensamientos, fueron las crueles espinas que traspasaron la cabeza de nuestro adorable Salvador! Apareciéndose cierto día a Santa Teresa coronado de espinas, «comencé a pensar, dice, qué gran tormento deberá ser, pues había hecho tantas heridas, y a darme pena. Díjome el Señor que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban (8).

También tú, alma mía, atormentaste entonces la veneranda cabeza de tu adorable Redentor con tus criminales pensamientos. *Reconoce, pues, y advierte ahora cuán mala y amarga cosa es el haber abandonado al Señor, Dios tuyo* (9). Abre los ojos y mira y llora amargamente durante toda tu vida el mal que has hecho abandonando con tanta ingratitud a tu Dios y Señor. Bien lo sé, JESÚS mío, que no merecías ser tratado como lo he hecho. he obrado mal; mi conducta es digna de represión; pero ya me arrepiento con toda mi alma; perdonadme y dadme un dolor que me haga

(7) In Io., 17.

(8) Relación XI. Obras II, 44, 45.

(9) Ier., II, 19.

llorar durante toda mi vida los disgustos que os he dado. JESÚS mío, perdonadme, que deseo amaros con todo mi corazón.

IV. Jesús, rey de burlas. — *Con la rodilla hincada en tierra, le escarnecían diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos. Y escupiéndole, tomaban la caña y le herían en la cabeza (10), y le daban bofetadas, añade SAN JUAN (11). Después que los bárbaros verdugos pusieron sobre la cabeza de JESÚS aquella cruel corona, no se contentaron con introducírsela en la cabeza con toda la fuerza de sus brazos, sino que tomaron la capa y blandiéndola a guisa de martillo le clavaban más las espinas.*

Luego comenzaron a burlarse de El, como de un supuesto Rey; lo saludaban como a rey de los judíos, y levantándose después le escupían en el rostro y le daban bofetadas, mezcladas con alaridos y voces de desprecio. ¡Oh, JESÚS mío!, ¡a qué estado os veis reducido!

Si en aquel momento hubiera alguien pasado por aquel lugar y se hubiera detenido a mirar a Cristo, derramando sangre, cubierto con aquel andrajo de color de púrpura, con aquel cetro en la mano y con aquel género de corona en la cabeza, escarnecido y maltratado por aquella vil canalla, ¿no le hubieran tomado por el hombre más criminal y despreciable del mundo? He aquí al Hijo de Dios hecho ludibrio y escarnio de Jerusalén. «¡Oh hombres!, exclama DIONISIO CARTUJANO, si no amamos a JESUCRISTO por ser bueno y por ser Dios, amémosle a lo menos por lo mucho que padeció por salvarnos» (12).

(10) **Matth.**, XXVII, 29, 30.

(11) **Io.**, XIX, 3.

(12) **In Matth.**, 27.

¡Amadísimo Redentor mío!, no rechazéis a un siervo rebelde que después de haberos abandonado vuelve a Vos arrepentido. Cuando me alejaba de Vos y menospreciaba vuestro amor, no habéis cesado de atraerme con los lazos de vuestro amor; por eso no puedo temer que me desechéis ahora que os busco y os amo sobre todas las cosas. Dadme a entender lo que debo hacer para agradaros, que estoy dispuesto a ello. ¡Oh, Dios amabilísimo!, quiero amaros con todo mi corazón, resuelto a no ofenderos más. Ayudadme con vuestra gracia, y no permitáis que en lo porvenir os abandone.

María, esperanza mía, rogad a JESÚS por mí. Amén.

CAPITULO X

DEL ECCE HOMO.

I. Jesús presentado al pueblo. — Viendo Pilatos el estado lastimoso en que había quedado nuestro adorable Redentor después de la flagelación, creyó que su sola presencia movería los judíos a compasión, por lo cual lo sacó a un balcón de palacio, levantó una punta del andrajo de púrpura que le cubría, para que el pueblo viese el cuerpo del Salvador todo cubierto de llagas. *Salió de nuevo Pilatos fuera, dice SAN JUAN, y díjoles: He aquí que os le saco afuera para que conozcáis que yo no hallo en El delito alguno. Salió, pues, JESÚS coronado de espinas y revestido del manto de púrpura, y Pilatos les dijo: Ved aquí al hombre* (1). Quería decir: Aquí tenéis al hombre a quien habéis acusado de querer alzarse con el cetro y la corona de rey; yo estaba convencido de su inocencia; pero, para satisfacer vuestros deseos, lo he condenado a ser azotado. «Ved aquí al hombre, más bien cubierto de oprobios que honrado con la gloria de su imperio y señorío» (2)^a. Vedlo, porque ha quedado en tal estado, que, más que rey, parece un hombre desollado, próximo a exhalar el postrer suspiro. Si esto no obstante pretendéis que le condene a muerte,

(1) **Io.**, XIX, 4, 5.

(2) **In Io.**, tr. 116.

os advierto que no puedo hacerlo, porque no hallo razón ni motivo para condenarlo. Al verle tan maltratado, *los ministros y los pontífices alzaron el grito diciendo: Crucifícale, crucifícale* (3). Al ver Pilatos que no se calmaban, se lavó las manos en presencia del pueblo, diciendo: *Inocente soy de la sangre de este justo; allá os lo veáis vosotros*. Y ellos respondieron: *Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos* (4).

¡Amado Salvador mío!, sois el más grande de todos los reyes; pero ahora os veo ultrajado por todos los hombres; si este pueblo ingrato no os conoce, yo os reconozco y os adoro por mi Dios y Señor. Gracias os doy, Redentor mío, por haber sufrido por mí tantos ultrajes; ruégoos que me hagáis amar las humillaciones y los trabajos, puesto que Vos os habéis abrazado a ellos con tanto amor. Avergüénzome de haber amado en mi pasada vida los honores y los placeres, que me arrastraron a renunciar tantas veces vuestra gracia y vuestro amor. Acepto, Señor, todos los dolores e ignominias que me vengan de vuestras manos; dadme, pues, la resignación que necesito para sobrellevarlas. Os amo, JESÚS mío, mi amor y mi todo.

II. El Padre Eterno nos convida a amar al Hijo. — Mientras que Pilatos sacaba a JESÚS al balcón para que lo viese el pueblo, el Eterno Padre nos presentaba desde el cielo a su amadísimo Hijo, diciendo también: *Ved aquí al hombre. Este es aquel Hijo mío querido en quien tengo puestas todas mis complacencias* (5). He aquí al Hombre, al Salvador que os había

(3) **Io.**, XIX, 6.

(4) **Matth.**, XXVII, 24, 25.

(5) **Matth.**, XVIII, 5.

prometido, y al cual habéis esperado por espacio de tanto tiempo. Ved aquí al Hombre, el más noble de todos ellos, trocado hoy en varón de dolores; aquí lo tenéis, miradlo y veréis a qué estado tan lamentable lo ha reducido el amor; amadle siquiera por compasión. Miradle y amadlo, y si no os mueven a ello sus palabras, virtudes y atributos, que a lo menos os muevan a amarle los dolores y las ignominias que por vosotros está padeciendo.

¡Oh Dios mío y Padre de mi Redentor!, amo a vuestro Hijo, que padece por mi amor, y os amo también a Vos, que os habéis dignado ofrecerle a las penas y trabajos por mi amor. No hagáis cuenta de mis pecados, que tanto os han disgustado a Vos y a vuestro Hijo; *pon los ojos en el rostro de tu Cristo* (6); dirigid vuestras miradas sobre vuestro unigénito Hijo, cubierto de llagas y saciado de oprobios para perdonar mis pecados; por sus méritos, perdonádmelos y no permitáis que os ofenda de nuevo. La sangre de este Hombre, tan amado de vuestro corazón, que os pide y os demanda misericordia por mí, descienda sobre nuestras almas y nos inunde en el piélago de vuestras gracias. Aborrezco, Dios mío, y maldigo todos los disgustos que os he causado, y os amo a Vos, bondad infinita, más que a mí mismo. Por los méritos de vuestro Hijo amadísimo. Dadme vuestro amor, que me haga vencer mis pasiones y sufrir toda suerte de trabajos para agradaros.

Salid afuera, ¡oh hijas de Sión!, y veréis al Rey Salomón con la diadema con que le coronó su madre en el día de sus desposorios, día en que quedó colmado de júbilo su corazón (7). Venid, ¡oh almas res-

(6) **Psalmus**, LXXXIII, 10.

(7) **Cant.**, III, 11.